

www.elboomeran.com

Paul Klee

SOBRE EL ARTE MODERNO

Presentación de
Herbert Read

Traducción de
Alfredo y Clara Pastor



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Paul Klee: Über die moderne Kunst*

© de la traducción, Alfredo y Clara Pastor, 2021

Ilustración de la cubierta:

La diosa serpiente y su enemigo, Paul Klee, 1940

De esta edición:

© Editorial Elba, S.L., 2021

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

Presentación

Paul Klee escribió este breve tratado sobre el arte moderno como base para la conferencia que impartió en la inauguración de la exposición que tuvo lugar en el Kunstverein de Jena en 1924. En la muestra del museo alemán se incluían algunas obras suyas. Por entonces hacía cuatro años que era profesor en la famosa escuela de diseño (la Bauhaus) establecida bajo la dirección de Walter Gropius en Weimar, y estas notas son el resultado de sus reflexiones en torno a los problemas del arte que la tarea de enseñar había llevado a su punto crítico. En mi opinión, constituyen la declaración más profunda y esclarecedora de las bases estéticas sobre las que se fundamenta el movimiento del arte moderno que haya hecho nunca ningún artista en activo. Otros –Matisse, Picasso, Moore– nos han brindado explicaciones brillantes sobre sus objetivos, sutiles revelaciones sobre sus métodos y significados. Pero Klee es único por la consistencia de su exposición. Ávido lector de ciencia y filosofía, su pensamiento era de carácter metafísico, y sobresalía en otro arte además de la pintura: la música. Todo ello le proporcionaba un amplio abanico de ejemplos y referencias.

Con todo, el lector debe estar preparado para sortear dificultades. Éstas se deben en parte al carácter críptico y aforístico de su escritura, así como a la estructura de la lengua alemana, más abstracta y conceptual que el inglés [también que el castellano] y que, por tanto, no siempre puede ser fielmente traducida; pero, en gran parte, estas dificultades son inherentes a la materia. Un arte como la pintura es un idioma en sí mismo: una lengua de forma y color en la que se expresan intuiciones complejas. La necesidad de los símbolos plásticos del arte pictórico viene dada, en cierta medida, por la insuficiencia de nuestras formas de comunicación lingüísticas. Así pues, explicar el arte a menudo consiste en un esfuerzo por expresar procesos indescriptibles en palabras, acciones que de otra manera quedarían reducidas a gestos instintivos.

Explicar el arte, para Klee, representaba un ejercicio de autoanálisis. Por ello nos descubre lo que sucede en la mente del artista durante el proceso de creación: con qué fines emplea los materiales, qué efectos particulares les confieren definiciones y dimensiones específicas. Distingue claramente entre los distintos órdenes y grados de realidad y defiende el derecho del artista a crear su propio orden de realidad. No obstante, se cuida mucho de señalar que este mundo trascendente sólo puede crearse si el artista

obedece ciertas normas, implícitas en el orden natural. El artista debe penetrar hasta la fuente misma de la fuerza vital —«la fuerza motriz de todo espacio y tiempo»—, sólo entonces estará en posesión de la energía y la libertad que, junto con los medios técnicos adecuados, se requieren para crear una obra de arte esencial. Pero «nada puede precipitarse». Con una claridad y humildad poco comunes entre sus contemporáneos, Klee era consciente de que el esfuerzo individual resultaba insuficiente. La fuente final de fuerza para el artista se la proporciona la sociedad, y es precisamente eso lo que echa en falta el artista moderno: «Uns trägt kein Volk», el pueblo no está con nosotros. Carecemos de sentido de comunidad, de un pueblo para el que y con el que trabajar. Ésa es la tragedia del artista moderno, y sólo aquellos que están ciegos a la división social y a su propio aislamiento espiritual echan en cara al artista moderno su opacidad.

HERBERT READ, 1948



Jardín abandonado, 1909

Hablando aquí en presencia de mi obra, que de hecho debería expresarse por sí misma, en su propio idioma, me inquieta un poco no saber si está justificado que lo haga y si seré capaz de hacerlo de forma adecuada.

Mientras que estoy seguro de que como pintor poseo los medios para llevar a otros en la misma dirección hacia la que yo mismo me siento impulsado, dudo de mi capacidad para hacerlo sirviéndome sólo de las palabras.

Me consuela pensar que éstas no se dirigen a ustedes aisladamente, sino que complementan y ayudan a completar las impresiones, tal vez aún un tanto borrosas, que ya han recibido de mis cuadros.

Si en la medida de lo posible logro mostrarles ese camino, me daré por satisfecho y habré hallado la justificación que precisaba.

Es más, para evitar el posible reproche «No hables, pintor, pinta», me limitaré sobre todo a arrojar algo de luz sobre aquellos elementos del proceso creativo que tienen lugar en el subconsciente durante la gestación de la obra. En mi opinión, la verdadera justi-

ficación de que un pintor haga uso de las palabras sería para desplazar el foco de atención, favoreciendo una nueva forma de acercarse a la obra; liberar el elemento formal de una parte del énfasis que se le confiere y poner el acento especialmente en el contenido.

Éste es el tipo de reajuste que me gustaría lograr y que fácilmente podría tentarme a embarcarme en un análisis dialéctico.

Pero esto supondría inclinarme demasiado por mis propias preferencias y olvidar el hecho de que la mayoría de ustedes conocen mucho mejor el contenido que la forma. Será inevitable, pues, que diga algo acerca de la segunda.

Trataré de darles un atisbo de cómo es el taller del pintor, y creo que entonces llegaremos a entendernos.

Pues debe existir un territorio común al lego y el artista, en el que ambos puedan encontrarse y donde el artista no les parezca un ser completamente aparte.

Al contrario, que les parezca un ser que, al igual que cualquiera de nosotros, ha sido traído al mundo sin solicitarlo y que, como